
El análisis político y económico de los doctores Vicente Massot y Agustín Monteverde

Un punto de inflexión

Nadie, en rigor, esperaba la noticia, aunque nadie dejaba de tener en cuenta que el hecho podía suceder en cualquier momento, en atención a la vida desordenada que llevaba Néstor Kirchner. La muerte lo sorprendió al santacruceño en su provincia y no le dio tiempo a nada. Queda ahora libre de toda tutela —pero sin el poder que ostentaba su marido— Cristina Fernández. La ausencia de quien hasta ayer fue el jefe indiscutido del matrimonio gobernante, abre varias incógnitas, a saber: 1) ¿Asumirá su mayoría de edad presidencial Cristina Fernández y, si así fuera, le imprimirá a su administración un rumbo distinto del que le habría de fijar el ex presidente muerto? 2) ¿Podrá, con la misma ferocidad que su marido, manejar lo que queda del así llamado kirchernismo?; 3) ¿Cuál será la reacción de Daniel Scioli ante el camino que ahora, como nunca, luce expedito hacia la Casa Rosada? Porque si, a instancias del vacío dejado por el político patagónico, decidiese presentarse como candidato a presidente en octubre de 2011, Cristina Fernández se quedaría huérfana del único apoyo electoral de envergadura en la constelación en la cual ella, de momento, reina. 4) ¿Cómo reaccionará ante el deceso del santacruceño la sociedad argentina que, al día siguiente de la muerte de Raúl Alfonsín convirtió a su hijo en candidato a presidente por portación de apellido? 5) ¿Qué haría el peronismo federal si la viuda creyera conveniente fijar nuevas reglas de juego e invitar a todo el arco justicialista a una reunificación? —Preguntas de esta índole podrían seguir haciéndose hasta el infinito. Por ahora son suficientes.

Antes de que muriera Kirchner, otra muerte había conmocionado al país. Lo curioso es que no hubiese pasado antes. Puestas por el propio gobierno las causas en virtud de las cuales la violencia ha tendido a privatizarse entre los argentinos, era enteramente lógico que de aquéllas se siguiesen unos efectos luctuosos. Si desde mayo de 2003, cuando menos, los Kirchner no hicieron otra cosa que demonizar la represión estatal y alentar la práctica, convertida luego en costumbre, de asaltar los espacios públicos —a cómo dé lugar— para poner a las autoridades ante una política de hechos consumados, las consecuencias no podían ser muy distintas de las que estamos hoy lamentando.

La señal enviada a las bandas —algunas de ellas armadas— que han tomado las calles por asalto, fue que podían cortar arterias vitales, interrumpir el normal funcionamiento de una ciudad, copar un puente internacional, convertir el tránsito en un caos, bloquear empresas a mansalva y hasta irrumpir en una comisaría y desalojar allí a golpes de puño y con armas de fuego a los custodios naturales del orden ciudadano, sin que autoridad alguna se lo impidiese o procesase a los responsables.

Fue un verdadero milagro que tamaña desmesura, fogoneada con bombos y platillos por Néstor y Cristina Kirchner y sus ministros del Interior y respectivos jefes de gabinete, no hubiera producido más de una muerte. Tarde o temprano debía suceder, pues, lo que finalmente sucedió. Sólo que los efectos para el gobierno no han sido catastróficos, como sí lo fueron para la administración que, en su momento, presidió Eduardo Duhalde. Cuando éste decidió hacer frente al asesinato de dos militantes de la izquierda insurreccional en el Puente Pueyrredón —Maximiliano Kosteki y Darío Santillán— acortó su mandato seis meses. A tal punto había llegado la situación.

Ahora las cosas se ven diferentes, entre otras razones por el hecho —no menor, ciertamente— de que las muertes de los dos manifestantes en Avellaneda resultaron producto del descontrol injustificable de un oficial de policía que perdió los estribos y acribilló a balazos a quienes consideró enemigos públicos. La desaparición de Mariano Ferreyra, en cambio, se debió a un enfrentamiento con barras sindicales acostumbradas desde hace mucho tiempo a hacerse respetar por vía de la violencia.

Duhalde en el año 2001 creyó que se abría un abismo bajo sus pies y sin pensarlo dos veces tomó una decisión que, vista retrospectivamente, parece exagerada. El actual gobierno no se halla delante del mismo panorama y su disyuntiva no es, ni de lejos, tan difícil como la del bonaerense. Eso no significa que no tenga para ellos un costo el crimen del joven integrante del Partido Obrero.

Por de pronto su reacción inicial, en el momento que nadie sabía bien lo que había pasado y todas eran especulaciones respecto de quiénes y por qué habían disparado a mansalva contra un grupo que se retiraba sin ánimo de pelear, no pudo ser más disparatada y hasta perversa. No de otra manera cabe calificar el intento de inculpar a Eduardo Duhalde sobre la base de una reunión con el caudillo sindicalista José Pedraza, sustanciada un año atrás.

Sólo dos seres que viven obsesionados con los presuntos planes destituyentes de sus adversarios —que ellos siempre transformaron en enemigos irreconciliables— pudieron urdir semejante trama o sumarse a la misma como si el de Lomas de Zamora fuese un criminal. Néstor y Cristina Kirchner creyeron que la conjura que imaginan revoloteando en su derredor, incluía al gremialista y a quien le colocó al santacruceño la banda presidencial en mayo del 2003. El dato —aunque más tarde, por boca de Aníbal Fernández, el gobierno haya dado marcha atrás y descalificado la especie— dice mucho del matrimonio gobernante, de sus fobias, miserias y falta de escrúpulos. Con tal de enlodar a Duhalde no repararon en lo burdo de la acusación.

Para colmo, cuando la patraña había sido debidamente desacreditada, las que salieron a la luz fueron tres fotos del principal sospechoso de haber matado a Ferreyra y herido a otras dos personas, junto al ministro de Economía, Amado Boudou; al de Educación, Alberto Sileoni y a una de las figuras estelares del periodismo kirchnerista, redactora de *Página 12* para más datos, Sandra Russo. Claro está que enseguida los tres arriba nombrados se apuraron a tomar distancias del miembro de la patota del gremio ferroviario, diciendo que nada conocían de sus antecedentes.

Es probable que así sea, pero cualquiera puede imaginarse cuál hubiese sido la política del santacruceño y de su mujer si por los mismos motivos que Boudou, Sileoni y Russo, Duhalde o cualquier otra figura representativa del peronismo federal, el PRO o la UCR se hubiese fotografiado con el *barrabrava* Cristián Favale.

Como quiera que sea, el kirchnerismo en particular y el peronismo en general no podrán evitar las salpicaduras de un crimen que ha dejado en buena parte de la sociedad argentina la sensación y, más aún, la convicción de que la prepotencia sindical es intolerable. Suponer que la gente, genéricamente considerada, distingue con rigor a “los gordos” que militan junto a Pedraza y no forman parte de la corte de Olivos, de la CGT que lidera Hugo Moyano, sería incurrir en un error grosero. Para el ciudadano medio, poco interesado en la política y, de ordinario, pobremente informado acerca de sus detalles, cuanto ha quedado en evidencia en estos años es la prepotencia de los Moyano, D’Elía o Pedraza, indistintamente. Por esto mismo el peronismo por su histórica vinculación con la así llamada “burocracia sindical”, será el más perjudicado por el crimen de Ferreyra.

El miedo y el rechazo que suscitan en las clases medias urbanas actos de salvajismo de este calibre o las grescas que, de tanto en tanto, se generan entre facciones sindicales, necesariamente tienen un correlato en las urnas. Son esas clases, que deciden hoy cualquier elección en la Argentina, las que rechazan con mayor convicción que los sectores sociales más necesitados o los más acomodados, declaraciones del tipo de las de Hugo Moyano respecto de un eventual triunfo de Julio Cobos en los comicios del año próximo en el sentido de que, si se produjera, él lo enfrentaría —según dijo muy suelto de cuerpo— con su hijo Pablo y los gremios afines en Plaza de Mayo.

Es cierto que se expresan muchas cosas en un país poblado de charlistas y a no todas es conveniente hacerle caso. También lo es que falta un año para votar y a las palabras se las lleva el viento. Con todo, si quien no se cansa de extorsionar a empresas y a gremios que juzga hostiles y siempre levanta la voz para amedrentar, es uno de los hombres más poderosos de la Argentina, líder de una de las dos CGT y aliado preferido del gobierno, razones hay para tomarlo en serio. Si fuese Luis D’ Elía todo no pasaría de una anécdota. Tratándose de Moyano las cosas cambian.

Por eso el vicepresidente de la Nación, que había recuperado algo del protagonismo perdido, en oportunidad de votar a favor de la sanción del 82 % móvil, volvió a anotarse un triunfo ni bien le salió al cruce a la torpeza del camionero. Existe la creencia, en parte de la población, de que una futura administración con base en el radicalismo no sabría como hacerle frente a los sindicatos desbocados y a un personaje del estilo de Moyano. En otras circunstancias

es posible que Cobos se hubiese llamado a silencio. En esta reaccionó de manera instantánea diciéndole al líder sindical que si él fuese presidente quién debería cuidarse era Moyano en razón de que no tendría la impunidad de la cual ha gozado por su trato privilegiado con los Kirchner.

Si los Moyano, D'Elía y quienes planearon emboscar a los militantes del PO y disparar contra ellos meditasen con mayor detenimiento lo que piensan hacer y midiesen sin preconceptos las probables consecuencias de sus actos, obrarían de distinta manera. Que no lo hagan es la demostración más cabal de que, en rigor de verdad, nadie controla nada. Aquí cada cual hace lo que le viene en gana y la idea de un plan preconcebido para lograr tal o cual efecto político sólo existe en la imaginación de los adictos a las teorías conspiracionistas.

El crimen de Ferreira carece de sentido y no le genera rédito alguno a sus responsables. Por el contrario, da toda la impresión de haber sido hecho a las apuradas, sin medir los riesgos, casi a lo loco. Salvando las distancias, ¿qué decir de las amenazas de Moyano a la futura institucionalidad si ganasen los radicales?

Volvamos a Kirchner. Su muerte supone un punto de inflexión en la política argentina. Es, de todas maneras, muy temprano para evaluar cuál será el curso ulterior de los acontecimientos y, sobre todo, la nueva relación de fuerzas que se establecerá en la Argentina. Hasta la próxima semana.

Secciones del Informe completo

- ◆ Un punto de inflexión
- ◆ Confirmado: inflación en alza
Pasado el censo, el condenatorio informe de las universidades
- ◆ La revaluación de nuestras contrapartes comerciales nos da aire
Disimulando el atraso cambiario

- ◆ Sector externo - septiembre
Salvados por el campo
- ◆ Fuerte crecimiento de las economías emergentes
¿La nueva burbuja?
- ◆ *EEUU* y Gran Bretaña
Dos diferentes respuestas a la crisis, dos resultados distintos
- ◆ La debacle del dólar divide aguas
¿La guerra cambiaria es preludeo de la comercial?
- ◆ China, una economía burbujeante
Medidas tomadas mirando hacia adentro